

un estudio misionológico de la institución laical de los Fiscales en la iglesia de Chiloé. El autor se aprovecha, para este estudio, de una abundante bibliografía, sintetiza lo que se sabe sobre esta institución tan difundida en América en el pasado y que, todavía sigue vigente en la diócesis de Ancud.

El material está dividido en cinco grandes capítulos. El primero explica la historia y geografía del Archipiélago, la fisonomía huilliche, la llegada de los expedicionarios y misioneros. El segundo aporta un interesante enfoque sobre el protagonismo evangelizador del indígena, la legislación de los Concilios Limenses y los orígenes de los Fiscales en Chile. En el tercero pasa revista al servicio prestado, antes y ahora, por los Fiscales y la proyección de este ministerio; para en el cuarto hacer un estudio teológico del papel de los laicos en el proyecto evangelizador de la Iglesia. El quinto y último capítulo analiza el papel del laico en la iglesia de Chiloé con respecto al protagonismo del Fiscal y los desafíos que presentan los nuevos tiempos.

Tomando como punto de partida el deseo de los primeros misioneros de hacer del indígena un verdadero apóstol integrado en la ruta de la evangelización, se instituyó la figura de los Fiscales. Estos gozaban de la absoluta confianza de los misioneros y su función consistía en cuidar, vigilar, fiscalizar los lugares en que los sacerdotes no residían de manera permanente, procurando preservar la pureza de la práctica de la religión y detectando los rebotes de idolatría. Aunque no eran éstas las únicas tareas que se les asignaban, también se ocupaban de ayudar o suplir a los misioneros ausentes o presentes en la enseñanza de la doctrina, etc.

La institución de los Fiscales se aprobó en el año 1763 por una disposición sinodal del Obispo Alday, pero hasta casi 100 años más tarde estas disposiciones no reglamentaron el ejercicio de los Fiscales en Chiloé. Esto ocurrió en el Primer Sínodo diocesano de Ancud en 1851, convocado por el Obispo Justo Donoso. Más tarde, en 1862, estas disposiciones

fueron asumidas en las reglamentaciones realizadas por el Obispo Francisco de Paula Solar.

La importancia dada por el Concilio Vaticano II a los laicos permiten enlazar las raíces históricas de la figura misionera del Fiscal con la misión de los laicos en la Iglesia actual y, más en concreto, señala el autor, con la Iglesia Local de Chiloé. Algunos de los desafíos que ésta debería afrontar serían, según el Padre Nahuelanca: la formación permanente de los Fiscales, la promoción de la mujer Fiscal, favorecer una mayor comunión eclesial y crear centros de encuentros, reuniones y de colaboración mutua entre los Fiscales.

C.-J. Alejos Grau

**Eudoxio de Jesús PALACIO**, *Provinciales del Cuzco de la Orden Mercedaria (1556-1944)*, Instituto Histórico de la Orden de la Merced («Biblioteca Mercedaria», 7), Roma 1999, 494 pp.

Eudoxio Palacio, religioso mercedario nacido en Córdoba (Argentina), lleva ya muchos años trabajando en temas históricos de su Orden. Gracias a una investigación de archivo en la ciudad del Cuzco, Perú, a lo largo de doce años en los que vivió en la capital andina, pudo sacar a la luz varias obras sobre la historia de la Merced en Argentina, Bolivia y Perú.

La fuente principal de esta investigación ha sido el archivo del convento de los mercedarios del Cuzco, la antigua capital del imperio incaico y la primera sede gubernamental del conquistador Francisco Pizarro. Este archivo contiene documentación muy valiosa para reconstruir la historia de dicha Orden en América del Sur, especialmente la de la provincia del Cuzco, erigida el 20 de mayo de 1564. Pero también, por supuesto, guarda documentos que refieren acontecimientos de la vida social, política y cultural relacionados con la Orden, desde los inicios de la conquista hasta nuestros días.

La obra está dividida en veinte capítulos, en cada uno de los cuales el autor sintetiza los

hechos más relevantes de los provinciales de la Merced en el Cuzco. Sin embargo, haciendo un breve análisis de este estudio, podríamos también dividirla en cinco partes, temáticamente más homogéneas, o que comprenden los hitos más importantes a lo largo de los cuatro siglos de vida que tienen los Mercedarios en esa Provincia.

Así, los seis primeros capítulos presentan la figura del primer comendador y provincial, el P. Juan de Vargas, organizador de la provincia desde sus inicios, a la que dio el primer impulso evangelizador en esas tierras andinas.

Los capítulos VII al XVIII presentan dos siglos (1568-1769) de historia mercedaria, en la que se sucedieron diversos provinciales, que realizaron la labor evangelizadora en la ciudad y también en las misiones en zonas muy apartadas de la civilización.

El capítulo XIX, a su vez, podríamos dividirlo en dos partes. La primera nos habla de la reforma de la Orden, decretada en 1769 y puesta en práctica cuatro años más tarde. La segunda parte comprende la difícil época de la Independencia del Perú, que le tocó afrontar como provincial al P. Apolinar Guillén. Éste tuvo que renunciar al provincialato, al parecer, por exigencias de la leyes del nuevo gobierno. Sin embargo, en el texto no quedan muy claras las razones que le llevaron a esto, ni tampoco por qué la Orden se quedó sin provincial hasta el año 1881. El autor sólo dice que la provincia como entidad jurídica dejó de existir el año 1822.

El capítulo XX, por último, nos refiere la re-erección de la provincia peruana, gracias a la petición del maestro general de la Orden, el año 1881, al delegado de la Santa Sede. Esta nueva Provincia comprendía cuatro conventos: el de Arequipa, San Juan de Letrán, que se constituía como cabeza de la provincia; el convento del Cuzco; el de la Paz; y el de San Miguel, de Lima. A partir de ese momento se dio un gran crecimiento de la Orden. Entre 1894 y 1917 se erigieron los colegios mercedarios de instrucción primaria, media y comercial con

valor académico oficial, en las ciudades de Cuzco, Arequipa, Abancay, Huacho y Lima. En 1941, gracias a la eficiente gestión del P. Feliciano Arteaga Bermúdez, se inauguró la casa central de estudios de la provincia, y se emprendió el acondicionamiento y ampliación de los antiguos conventos.

Se echa en falta un mayor número de subtítulos en cada capítulo, que haría un poco más ligera su lectura. El índice de personas y lugares, facilita mucho la búsqueda de información.

J. Putnam

**Daniele POMPEJANO**, *La crisis del Antiguo Régimen en Guatemala (1839-1871)*, Editorial Universitaria-Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala 1997, XIX + 256 pp.

El autor, profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Milán, es especialista en historia centroamericana, y entre sus escritos sobresalen los libros: *Nicaragua. Storia di 'economia dipendente e di una transizione'*; y una *Storia e conflitti del Centro America*. El libro que presento consta de cinco capítulos que ofrecen un análisis social, económico y político, de la sociedad guatemalteca durante este período, también conocido como el del «Régimen Conservador de los treinta años». Trata de indagar las complejas dinámicas que operaron en la sociedad centroamericana para producir el advenimiento del Estado oligárquico y liberal.

El régimen conservador se caracterizaría por el restablecimiento de las antiguas tradiciones, auténticos pilares de la sociedad, por la carismática intervención del caudillo Rafael Carrera, que fue el *factotum* del período, personalidad desconocida por la generalidad de los guatemaltecos. Esta etapa se identifica con la llegada al poder de los ladinos, grupo mestizo producto de la radicación y mezcla con las poblaciones indígenas. Entre los problemas económicos con que se enfrentó el régimen conservador, destaca la dependencia del monocultivo de la cochinilla, sobre la que se apoyó la